

ca y sus «hots» eran el delirio de nuestros admiradores. Pero por dificultades económicas tuvimos que sustituir a Rodríguez por Dalmau, que por referencias tenía el «labio de hierro» y daría mucho que hablar...

—¿...?

—Teníamos un repertorio magnífico. Estábamos suscritos a dos o tres editoriales extranjeras que nos enviaban los mejores bailables. Recuerdo entre los que más éxito tuvieron: «Black Heaven», «Jazz in the rain», «Pansies», «Plantación», etc.

—¿Y qué opinas de la música de jazz?

—Como ya sabes, omito contestar a tu pregunta. Pero, a escoger, prefiero los números de swing, que son los que más me placen. Todo es propio del temperamento de cada uno...

Y me invita nuevamente a una copa de coñac, para que no sienta el frío dejando nuestra conversación. Empiezan a llegar los «routiers» y a no ser porque los números de las bicicletas están muy bien controlados, cada uno escogería la mejor sin ser la suya.

Nos despedimos. Acurrucado dentro de mi gabán —hace una noche de «perros»— siento escalofríos al ver la semi-desnudez de la estatuita del cuatro de «oros» que hay en la plaza de Perpiñá, pareciéndome ver que por un momento descansaba de la posición tan incómoda que se ve obligada a adoptar.

GENE

Diciembre, 1946.

## Louis Armstrong

(Conclusión)

Louis Armstrong regresó de nuevo a Inglaterra realizando una *tournee* por varios países europeos, y dió dos conciertos en París, en noviembre de 1934. En Enero de 1935 volvió a América, donde estuvo descansando por tener los labios enfermos. Contrató otra vez la orquesta de Rusell para acompañarle y desde entonces se dedica en contratas por los Estados Unidos. Le contrata también Hollywood para realizar varios films musicales. Durante estos años sigue grabando una cantidad enorme de discos. Su don creador parece ilimitado. Las más bellas y audaces ideas melódicas afluyen en sus «soli»; su sentido nato de la armonía le hace utilizar, de una manera imprevista y maravillosa, los números los cuales improvisa.

Como instrumentista, es un valor excepcional. Toca la trompeta como nunca se había tocado antes de él —y es de temer— como no se volverá a tocar. Su instrumento obedece a todas sus exigencias, casi podríamos decir por autodidactismo. Lo hace cantar, hablando con él con toda expresión, como si fuera una voz humana. Sonoridad pura, tan amplia y voluminosa en el registro grave, como en el sobreagudo, en el cual toca con una asombrosa facilidad. Toca con una potencia y un swing que parecen imposibles de superar y hasta incluso de igualar.

Durante los primeros años, hasta 1926

Socio: Lee nuestra «Publicación»